

EDUCAR PARA EL AMOR

Corrado Pastore, sdb

En el ámbito de las jornadas sobre la familia venezolana, después del estudio de la realidad, de la presentación de la perspectiva cristiana y de las alternativas de acción, hemos llegado al momento de ofrecer propuestas para abrir camino.

Esta propuesta se coloca en el ámbito de la Pastoral juvenil. Vamos a tratar de la educación para el amor, o sea del proceso educativo que lleva a constituir la pareja y por lo tanto la familia.

Después de una introducción para presentar el objetivo de la intervención y su alcance, queremos desarrollar tres aspectos: las condiciones de una educación para el amor, los elementos pedagógicos en la educación para el amor, los lugares y ambientes de la educación para el amor. Centraremos nuestra atención en el grupo educativo como lugar para educar la afectividad y preparar a la vida de pareja.

Vamos a presentar ante todo el objeto de la intervención: educar para el amor. Son dos los términos de referencia: el amor y la educación.

- El amor

No es fácil hablar de amor. Se trata de un término desvirtuado con el uso. Con esta palabra se pueden entender cosas muy distintas. Prueba de ello es el lenguaje corriente, su uso en las canciones, las películas, las telenovelas.

Nosotros queremos ponerlo en relación con la educación. Si lo relacionamos con la educación toca muchos aspectos del desarrollo de la personalidad.

Queremos centrarnos en el amor humano, es decir la educación de la afectividad, su integración serena y madura en la personalidad, la relación hombre-mujer sobre bases de mutuo enriquecimiento y reciprocidad, la realización en pareja, a través del matrimonio como vocación.

Para ello hay que tomar en cuenta la realidad de la familia en Venezuela. En especial la realidad presentada por Alejandro Moreno. Retomemos algunas de sus afirmaciones: “La familia popular venezolana aparece constituida por la convivencia de una madre y sus hijos. No hay realmente padre en ella, aún en el caso de que esté físicamente presente. Su ausencia consiste en que no ejerce ninguna función familiar en su seno. En la familia matricentrada, la madre, y no el padre ni la pareja, es el centro de la familia. La pareja no es una realidad antropológico-cultural del pueblo venezolano. Las necesidades básicas de la mujer no están destinadas a ser satisfechas por la pareja. Ella no está en su horizonte. La realización humana de la mujer tiene una sola condición de posibilidad: el hijo”.

Según esto en nuestro contexto no se puede hablar demasiado de pareja. Pero la pareja parece estar entrando en crisis también en otros contextos culturales, si un artículo reciente de Minerva Donald Rivera, publicado en el número de enero de Cuadernos de Realidades Sociales del Instituto de Sociología aplicada de Madrid, lleva como título: *Las familias monoparentales: ¿el modelo familiar del futuro?*

No parece por lo tanto ser éste un momento favorable para hablar de pareja y proponer la pareja como modelo. A pesar de ello queremos tratar el tema de la educación para una vida en pareja.

No se puede hablar de amor sin tocar el tema de la sexualidad.

La Congregación para la Educación Católica en su Documento *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, traduce estas orientaciones en “Pautas de educación sexual”, haciendo hincapié en el término educación, presentando la función de la sexualidad en el desarrollo humano y cristiano. La sexualidad es presentada como “un componente fundamental de la

personalidad, de su manera de ser, de expresarse, de comunicarse con los demás, de sentir y de vivir el amor humano” (4).

La experiencia nos muestra que en muchos jóvenes se da una separación entre sexo y amor, se desliga lo sexual de lo afectivo. En especial muchos jóvenes encuentran difícil asumir la propia corporeidad según las exigencias del Evangelio y las indicaciones de la Iglesia. Vivir como creyentes la propia sexualidad en un mundo que evidencia actitudes, comportamientos, escogencias, valoraciones muy lejanas de las normas del evangelio significa ir contra corriente.

No queremos detenernos en el tema de la relación entre amor y sexualidad, afectividad y genitalidad, aunque existen datos recientes, reveladores y preocupantes: el 20% de los niños que nacen en Venezuela son hijos de madres adolescentes. De ellos el 5% son hijos de muchachas con menos de 14 años. El número de madres adolescentes ha ido en aumento en estos últimos años. Si consideramos además el creciente número de abortos voluntarios realizados por mujeres jóvenes, el número de embarazos precoces resulta más alarmante todavía. Son los jóvenes urbanos, de todos los estratos sociales, quienes adoptan este comportamiento.

La cultura machista está todavía muy presente entre nosotros, ésta lleva al varón a buscar en la mujer principalmente su satisfacción sexual, quedando en segundo plano el desarrollo de una relación afectiva de pareja. Y los muchachos y jóvenes incorporan consciente o inconscientemente la cultura machista, que reproducen en sus relaciones. En las zonas urbanas a esta raíz cultural machista se añaden los ingredientes de la lógica consumista, junto a un cada vez más aceptado comportamiento permisivo en el orden moral, especialmente en lo que se refiere a la sexualidad.

Podemos comparar estos datos con los relativos de un informe sobre los adolescentes de Norte de Italia que lleva como título: *Poco sexo y muchas caricias. Así se aman los adolescentes*.

En una encuesta a 2000 jóvenes entre los 15 y 19 años, realizada por el Cospes, centro de los Salesianos de la Región italiana Véneto, se afirma que a las relaciones sexuales estos adolescentes y jóvenes dicen preferir el petting. Para ellos el amor no pasa necesariamente a través del sexo, lo que más cuenta

son los sentimientos puros y sencillos. ¿Miedo al Sida? ¿Miedo a embarazos precoces? Tal vez, pero no sólo. Porque los adolescentes de hoy -afirman los investigadores- están más abiertos a la dimensión afectivo-relacional de la sexualidad que a la de la genitalidad. Para sustentar esta tesis, presentan los resultados de la investigación, de la que resulta que un 30.8% de las muchachas y un 18.3% de los muchachos de 14-15 años afirman no haber tenido aun ninguna experiencia sexual.

Distintos ambientes, distintas posturas.

- Educación

El otro término que tomamos en consideración es “educación”. Este término nos da la clave de lectura y el aspecto formal de la reflexión. Educación quiere decir asumir la situación concreta de la persona, concebir metas a mediano y largo alcance hasta una meta final, proponer recorridos e itinerarios viables y experiencias que resulten convincentes para los jóvenes, imaginar un camino desde niveles mínimos a otros más elevados, valorar el crecimiento en el amor en una consolidación de la personalidad.

Los motivos de la urgencia educativa son muchos. Sobre todo por la propuesta de sociedad que promocionan los Medios de Comunicación Social que lleva al individualismo. Esto hace caer los controles sociales en los comportamientos que se relacionan a la afectividad y a la sexualidad, de aquí la tendencia a organizar y expresar la afectividad, la sexualidad y el amor según criterios subjetivos. Esto lleva a la pérdida de autoridad social de la ética cristiana, la tolerancia por las opciones personales en relación al amor y a la vida de pareja. Esta tendencia, difundida a través de la prensa, la televisión, los espectáculos, lleva a considerar las transgresiones como normales manifestaciones de opciones distintas. Se tiende fácilmente a negar o ignorar la dimensión ética del problema sexual para privilegiar la dimensión psicológica o cultural: se está preocupados solo de vivir en modo satisfactorio la propia sexualidad. Esto es una realidad en muchos países, sobre todo del primer mundo, y empicza a afectarnos a nosotros también.

I.- CONDICIONES DE LA EDUCACION PARA EL AMOR

Vamos a presentar algunas condiciones que favorecen la educación para el amor. Nos ubicamos desde la perspectiva del Educador.

1.- La formación del educador

La primera condición para iniciar con eficacia una educación de los jóvenes en el amor es la formación en el amor de los educadores mismos. Resulta necesario el dominio pedagógico del tema por parte de los mismos, como afirma el Documento de la Congregación para la Educación Católica: "La personalidad madura de los educadores, su preparación y el equilibrio psíquico influyen fuertemente en los educandos. Una exacta y completa visión del significado y del valor de la sexualidad y una serena integración de la misma en su propia personalidad son indispensables a los educadores para una constructiva acción educativa. Su capacidad no es tanto fruto de conocimientos teóricos cuanto el resultado de su madurez afectiva. Esto no dispensa de la adquisición de los conocimientos científicos adaptados a su tarea educativa, particularmente ardua en nuestros días" (CEC, 79).

2.- La realidad cultural y del ambiente

Una segunda condición para educar en el amor es el conocimiento de la realidad cultural en la que vivimos, descubriendo sus raíces, de las que brotan los criterios de vida, antes de condenar sus manifestaciones. La educación es siempre el encuentro del sujeto con los modelos y las tendencias del contexto, del ambiente a la luz de valores que llegan a ser parámetros de discernimiento.

Según el Autor francés, Xavier Thévenot, los jóvenes comprenden bien el rol de las instituciones en algunos ámbitos de la vida, como por ejemplo en el campo de la educación y de la salud, mientras por lo que se refiere a la vida de relación de pareja resulta curioso ver como la consideran sólo bajo un aspecto intimista y personal y no comprenden que pueda existir una reglamentación institucional de la vida afectiva. La relación afectiva toca al individuo en su intimidad más profunda, pero al mismo tiempo tiene una

dimensión social evidente. Parece que los jóvenes no captan esta necesidad, resulta por lo tanto tarea de los educadores hacer comprender que la sexualidad y la vida afectiva necesitan de la ayuda de la institución. La institución puede reducir el espacio de espontaneidad, pero puede ser una ayuda eficaz para inscribir los propios deseos en el tiempo, en la realidad social y para superar la tendencia a vivir solo de sentimientos inmediatos. Muchos jóvenes han vuelto demasiado privada la vida afectiva y sexual.

Por otra parte muchos jóvenes tienen una mala relación con el tiempo. Viven sin memoria, sin capacidad de anticipar el futuro, ya que parece demasiado incierto, por la falta de trabajo, por la crisis económica y también porque en la sociedad se vive lo inmediato como absoluto. Se quiere vivir intensamente el momento presente. Así los jóvenes no logran prolongar la vida afectiva, no logran expresarla adecuadamente en el tiempo. Pero si es cierto que la duración al inicio puede romper las ilusiones de una relación afectiva, es igualmente cierto que solo la duración permite, con el lento paso del tiempo, descubrir la verdad del deseo, alcanzar el misterio del otro, comprender desde dentro lo que significa amar, lo que significa creer en el otro.

Hace falta ayudar al joven a tomar conciencia que la afectividad no es un capital que se posee y se administra según los intereses del momento, sino una dimensión de la persona que implica toda la experiencia humana.

En un pasado no muy lejanos existía el convencimiento en los educadores que el amor debía seguir los dictámenes de normas objetivas. El joven debía comprender, asimilar y cumplir. En la actualidad se subraya más el valor de la subjetividad de la persona que busca la satisfacción inmediata del deseo, con proyectos de vida a la medida del individuo, moviéndose entre propuestas sin barreras ni normas. Resulta difícil hacer referencia a una moral objetiva respecto al amor y a la sexualidad. La subjetividad está al centro de los planteamientos de los problemas personales y de las soluciones que se dan a los desafíos de la existencia. El deseo de construirse de los jóvenes y la búsqueda de sentido, se encuentra frente a una pluralidad de modelos. Emergen nuevos valores: la centralidad de la persona, principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales, la igualdad de dignidad y de reciprocidad entre el hombre y la mujer, un modo nuevo de entablar relaciones, menos programadas y más espontáneas.

3.- Un proyecto educativo

Una tercera exigencia es la de integrar la educación para el amor en un Proyecto educativo, donde vaya unida a la formación de la conciencia y a la educación de la fe. Hay que repensar el contenido, el lenguaje y las experiencias a través de las cuales la propuesta cristiana sobre el amor se haga comprensible, aceptable y deseable. La referencia "objetiva a los valores y normas" sigue siendo indispensable, pero hay que apuntar más al sentido y al valor que a las imposiciones exteriores; hay que hacer referencia a la persona en su conjunto, en proceso, más que fijarse en un aspecto o momento de la misma; es indispensable proceder por experiencias y no solo por instrucción y contenidos; hay que tomar en cuenta la procesualidad y la gradualidad para evaluar convenientemente el proceso de maduración.

II.- ELEMENTOS PEDAGOGICOS

1.- La educación integral de la persona

Si se quiere favorecer un proceso educativo, hay que centrar la atención en la maduración global de la persona, desarrollando aquellos aspectos que son más determinantes o que subjetivamente son más dinámicos. Es decir, se tiene que tomar conciencia de la interrelación entre los contenidos, las motivaciones, las experiencias y las opciones en el área afectivo-sexual y los demás aspectos de la persona. Solo así se puede dar un verdadero proceso. Este principio de integralidad debe ser constante. Se tiene que trabajar sobre el amor, para que la persona aprenda a salir de sí. Se tiene que trabajar sobre la apertura a los demás no sólo en algunos momentos sino en toda experiencia y actividad. La educación integral de la persona debe llevar a los jóvenes a apreciar estos valores: respeto de sí y de los demás, dignidad de la persona, transparencia en las relaciones. Se tienen que cultivar estos valores: orientar la libertad hacia la donación, liberar la dependencia de lo sensible y sentimental, entrenar al esfuerzo y a la mortificación, favorecer la apertura a la confianza, llevar hacia experiencias positivas y significativas.

En este desarrollo de la persona hacia el amor, para un creyente, la dimensión

de fe y todo lo que se refiere a ella, como es el valor de la persona, de la verdad, del compromiso, no es sólo fuente de una comprensión más profunda, sino una ayuda insustituible en el camino de maduración. La auténtica comprensión del amor no se puede dar, en un cristiano, sino en el horizonte de Dios. Dios ha querido la persona en la reciprocidad hombre-mujer, llamándolos a una comunión profunda, capaz de significar la realidad misma de Dios.

2.- Educar el corazón

A amar se aprende. Se aprende a amar a través de la educación del corazón. Hace falta por lo tanto educar el corazón. Educar al joven para que sepa manejar los propios sentimientos de manera que sean elementos constructivos de la personalidad. Para realizar esta integración hace falta una acción prolongada y seria, que genere la capacidad de dominio de sí mismo, del propio yo, y la capacidad de donación.

Educación del corazón significa, por lo tanto, comprender la importancia, el valor y el sentido de los sentimientos que brotan en la interioridad de la persona; significa también saber escuchar los sentimientos, interpretarlos y clasificarlos para ordenarlos en la plena armonía de la persona.

Para educar el corazón se necesitan momentos de reflexión personal, de ejercicio de racionalidad, de crítica honesta para discernir en los sentimientos y en las emociones los elementos positivos y los elementos negativos. Para educar el corazón se necesita una disciplina, para dar al sentimiento su verdadero valor de llamada, de invocación, de apertura al sentido de la vida.

Se tiene la impresión de que no hay, por parte de los Educadores, mucha preocupación por educar el corazón, parece prevalecer la tendencia a aceptar la postura de los jóvenes que justifican todo comportamiento, aceptan toda situación, excusan toda opción en nombre de la espontaneidad. Hay Educadores no saben qué hacer en este campo. Parecen tener miedo a educar, a guiar hacia metas claras, que exigen esfuerzo, constancia, renuncia.

Querer educar, y educar sobre todo el corazón, es la oferta más urgente que el adulto puede y debe hacer a los jóvenes.

Hace falta educar la afectividad, educar el corazón. De su conveniente

maduración resulta una percepción real y serena de sí, la composición positiva de las propias tensiones y deseos y la calidad de las relaciones personales.

Para que esto se realice, es importante tomar en cuenta unos elementos.

a) La valoración de la persona

El primer elemento que debe estar presente es la acogida, la estima y el reconocimiento del joven. Acogida, estima, reconocimiento experimentados y ofrecidos. Es fundamental crear alrededor de los jóvenes un clima educativo rico en intercambios comunicativo-afectivos. El sentirse aceptado, reconocido, estimado y querido es la mejor lección sobre el amor.

b) La experiencia

Otro elemento importante es la experiencia. No es suficiente ofrecer a los jóvenes explicaciones y recomendaciones. Hay que crear situaciones en las que ellos puedan experimentarse en sus actitudes y comportamientos, hacerse conscientes de las propias motivaciones y evaluar las repercusiones internas y externas. Después del encuentro del joven consigo mismo, se da el encuentro con el otro. El niño y el adolescente tienen necesidad de ser ayudados a abrirse al descubrimiento de los valores de los demás y a la donación de sí a los demás.

c) El servicio

Una tercera área de atención es la del don de sí. Es la experiencia del servicio desinteresado, movido no tanto por una atracción subjetiva o por un impulso ocasional sino por una necesidad objetiva de la persona. Esto hace descubrir el amor como realización y plenitud de vida. Se trata de ayudar al joven a hacer confluír sus riquezas afectivas en un ideal que constituya la mejor expresión del don de sí, que comprometa toda la generosidad de su corazón, en un clima de profunda alegría.

d) Las opciones

Por último está el área específica de la comprensión de la sexualidad

como valor que madura a la persona y como don a intercambiar en una relación definitiva, exclusiva y total, abierto a la procreación responsable.

Esto exige actitudes y opciones éticas. La integración equilibrada y serena de la sexualidad en la propia personalidad, una visión adecuada de la igual dignidad y riqueza personal, cultural y social de los dos sexos, su complementariedad y reciprocidad, la mentalidad y las opciones cristianas respecto al matrimonio y a la relación de pareja que debe madurar en una espiritualidad, los proyectos de vida fundados sobre el amor, es decir el matrimonio y la virginidad, una valoración evangélica de algunas expresiones de la sexualidad presentes en la sociedad actual.

III.- LUGARES Y AMBIENTES DE LA EDUCACION PARA EL AMOR

¿ Quiénes son las personas responsables de acompañar este proceso?

Los primeros responsables son evidentemente los padres. El ambiente de afectividad que se da en la familia es el ámbito más adecuado para la educación en el amor. Pero sabemos que a menudo esto no se da en la familia. Se hace por lo tanto necesaria una tarea de suplencia. La educación para el amor, para la pareja si no se da en la familia debe ser asumida en otro ámbito educativo.

1. Un ambiente educativo

Si no se puede contar -sin querer absolutizar esta situación- con el ambiente familiar, se tienen que ofrecer o proponer otros ambientes educativos donde se pueda dar el crecimiento afectivo. De otra manera se corre el riesgo que el único ambiente para esta educación sea la calle. Una alternativa puede ser la escuela o la comunidad cristiana.

La incidencia del ambiente es relevante en este campo. El ambiente hace capaces de evaluar los mensajes, los modelos, las propuestas explícitas o implícitas y sugerir estímulos a través de vías múltiples. Los componentes educativos del ambiente se dan a través de la calidad de las relaciones que se establecen entre las personas y con la institución misma; se dan a través de las

actividades, el proyecto de la comunidad, los contenidos o motivaciones, el estilo de los encuentros personales y comunitarios. Esto es válido para la educación en general, pero tiene un valor especial para la educación afectiva, porque llega a constituir una experiencia.

En un ambiente educativo es importante la presencia de adultos, del acompañamiento personal y de la experiencia grupal.

a) La presencia de adultos

En el ambiente es importante la presencia de adultos que vivan la afectividad y el amor en sus diversas expresiones con profundidad y alegría y sepan expresarlo con gestos y palabras. Las actitudes que brotan de la donación y gratuidad se intuyen y se asimilan con facilidad. El gozo de una vocación vivida con convicción tiene repercusión en los jóvenes, y les facilita una apertura seria y serena al amor que sabe aceptar las exigencias que implica.

b) El acompañamiento personal

Si ciertas etapas de la educación afectiva se pueden realizar adecuadamente a través de la inserción en el ambiente educativo, otras requieren la confrontación personal con un interlocutor o un testigo que tenga autoridad, esto se realiza a través de la dirección espiritual y el diálogo educativo, que permite la iluminación y la orientación personal.

Para esta orientación y diálogo personal el Educador a menudo se siente imprevisto o falto de tiempo. Esto exige valorar y priorizar las propias intervenciones educativas.

c) El grupo

Nuestra propuesta educativa privilegia el grupo, también en el ámbito de la maduración afectiva.

Los jóvenes buscan y desean el grupo, sobre todo el grupo espontáneo y poco estructurado.

Los análisis sociológicos ponen de manifiesto la importancia del grupo para comprender los comportamientos y las opciones de los jóvenes e iluminan las motivaciones que impulsan a los jóvenes a agruparse.

Los jóvenes tienen necesidad de un tiempo de preparación antes de ingresar de lleno en la sociedad que es compleja en las relaciones y en las pertenencias, pluralista en las concepciones y en las opciones de vida, fragmentaria en los mensajes y en las propuestas de valores.

Los jóvenes buscan el grupo porque en el grupo se lleva a cabo la inserción activa en la sociedad, la socialización que debería iniciar la familia, continuar la escuela y la comunidad. En el grupo se desarrolla y madura la identidad personal mediante la aceptación de sí y el reconocimiento de los demás. Al asumir el joven tareas, pone a prueba sus capacidades: la responsabilidad, la confianza en sus fuerzas. A través de una acogida y aceptación incondicional, encuentra un ambiente afectivamente cálido, que envuelve y da seguridad, donde fluyen las relaciones interpersonales. Finalmente en el grupo el joven asume compromisos y refuerza su identidad.

En síntesis los jóvenes buscan el grupo porque les permite consolidar el sentido de pertenencia, la posibilidad de diálogo y confrontación; les favorece experiencias vitales de corresponsabilidad, la maduración de un cuadro de referencia para la vida, la participación en la elaboración y desarrollo de propuestas sociales, culturales y religiosas.

Se dan muchos tipos de grupos: grupos de amigos, grupos deportivos, culturales, políticos y sociales.

1.- Grupo de amigos

Son éstos los grupos más comunes. Muchos muchachos y muchachas se agrupan para pasar el tiempo, para divertirse. Ellos mismos crean sus propias normas y organizan sus actividades.

En el grupo, sobre todo en las actividades, las personas se van conociendo. Y las actividades pueden ser muy distintas según los intereses: deportivos, culturales, políticos y sociales.

2.- Grupos educativos

Nosotros favorecemos el grupo educativo, en un ámbito de compromiso cristiano. Los grupos que proponemos y acompañamos quieren favorecer el desarrollo armónico de las personas en todas sus dimensiones, vistas desde una perspectiva cristiana. Las dimensiones o áreas que se toman en consideración son: área de la madurez humana, del encuentro con Cristo, de la inserción en la comunidad y del compromiso por el Reino en un desemboque vocacional.

a) Hacia la madurez humana

La experiencia asociativa, que quiere favorecer la madurez humana, presta atención especial a las expresiones afectivas, psicológicas y sociales de la persona. La experiencia grupal quiere dar respuesta a las necesidades humanas de ser y sentirse útil, de amar y ser amado, quiere además dar respuesta a la dimensión lúdica, a la formación y capacitación, a la apertura a la trascendencia.

La experiencia asociativa se propone llevar progresivamente a una visión positiva de la persona, facilitando la apertura interpersonal, capacitando para comunicarse con los demás, reconociendo la diversidad de las personas y aceptándolas tal como son. La experiencia asociativa quiere hacer descubrir a las personas las cualidades y los límites, generar protagonismo, favorecer la donación y la renuncia, propiciar la identificación con el propio ambiente.

b) Hacia el encuentro con Cristo y la inserción en la comunidad de creyentes

Para ser un joven cristiano hay que identificarse con Jesús, asumir su estilo de vida. Y el estilo de vida de Jesús implica un modo de ver y sentir al hombre y la sociedad.

Esto lleva a que la experiencia asociativa se viva desde las exigencias del amor, desde el compromiso por transformar la realidad, en vista a la construcción del Reino de Dios, que exige la actitud de servicio.

Jesús reunió alrededor de sí a unas personas. Formó un grupo y ofreció a sus integrantes una experiencia y vivencia comunitaria. La experiencia de Jesús se vive en una comunidad.

La experiencia grupal es por lo tanto una experiencia comunitaria, nace y se desarrolla en una comunidad, en la comunidad cristiana.

c) Hacia un compromiso por el Reino y un desemboque vocacional

La propuesta asociativa implica un compromiso concreto a la luz de los valores que Jesús ha propuesto. Un compromiso que lleve a hacer presente su Reino ya ahora, en el mundo y en la sociedad.

La experiencia grupal ayuda al joven a tomar conciencia de la realidad que le rodea, a insertarse en ella, a madurar una conciencia crítica en vista a unas opciones sociopolíticas.

La experiencia grupal debe además llevar a un desemboque vocacional, en el cual el joven pueda ubicarse dentro de la sociedad y de la Iglesia, como camino de realización personal y manera de explicitar su fe cristiana.

En este ámbito puede nacer el amor y realizarse así la opción de pareja, la opción matrimonial.

El grupo entonces, especialmente en la última fase, favorece en los miembros la búsqueda de la propia vocación como hombre-mujer y como creyentes.

3.- Valores que favorece el grupo

En la maduración de la afectividad dos experiencias favorece el grupo que dejan huella por su valor objetivo y por sus resonancias subjetivas: la amistad y el encuentro entre muchachos y muchachas.

a) La amistad

La amistad es un valor positivo y ofrece uno de los recursos más ricos

para formar al joven a la apertura y al don generoso de sí, sobre todo en la adolescencia. “La amistad es el vértice de la maduración afectiva, por su dimensión interior, por una comunicación que permite y favorece la verdadera comunión, por la recíproca generosidad y la estabilidad. La educación para la amistad llega a ser un factor de extraordinaria importancia para la construcción de la personalidad en su dimensión individual y social” (CEC, 92).

b) El compartir entre muchachos y muchachas

El hecho de compartir actividades, ideales, momentos de distensión por parte de muchachos y muchachas es otro aspecto importante. La convivencia entre muchachos y muchachas es una experiencia común que hay que tomar en consideración, ya que no por el simple hecho de estar juntos la convivencia es educativa. La necesidad de una educación integral exige acompañamiento en las actividades comunes. Tales actividades y relaciones crean una óptima oportunidad para que los jóvenes aprendan a tener actitudes de respeto. Permiten descubrir lo complejo del misterio del ser varón y hembra, vivir relaciones humanas más reales y menos en el mundo de lo imaginario y de la fantasía, descubrir que no es tan fácil encontrar al otro sexo, no es tan fácil aprender a establecer relaciones suficientemente profundas y respetuosas.

El compartir será positivo si es llevado por principios éticos y con intervenciones oportunas del Educador. En esto hay que evitar quemar etapas. Los ritmos de maduración no son iguales en los muchachos y en las muchachas, por eso hay que respetar el ritmo de ellos.

La incidencia educativa que esta experiencia tiene, depende del ambiente educativo, comunitario o grupal, en la que se desarrolla, los intereses formativos y sociales sobre los que se construye, la apertura y la multiplicidad de relaciones que se dan entre los jóvenes y la comunidad. El convivir entre muchachos y muchachas, cuando es vivido como momento de enriquecimiento mutuo, abre al diálogo y a la atención hacia el otro. Hace descubrir la riqueza de la reciprocidad, que llega hasta el nivel del sentimiento y de la inteligencia, del pensamiento y de la acción. Nace así el descubrimiento del otro, aceptado en su ser y respetado en su dignidad de persona. De esta manera la coeducación orienta hacia el diálogo interpersonal, favorece la

maduración global de la persona y la abre al don de sí en el amor. Amar llega a ser así un estilo de vida que ayuda a la persona a desarrollar la capacidad de autodominio, de respeto de sí y de los demás.

Esto hace ver que hay que favorecer estas experiencias grupales mixtas por su valor educativo. No quiere decir que hay que favorecer las parejas en los grupos, sino que el ambiente grupal favorece y prepara a la experiencia de pareja. Muchos jóvenes han transitado por este proceso.

Aquí, en el grupo, es donde mejor se conocen las personas. Muchos creen que, saliendo a solas con el muchacho o muchacha que se quiere, se tiene más oportunidad de conocerse. No es así. Cuando se está en grupo, realizando una actividad, es difícil cuidar la imagen, estar pendiente de ofrecer una imagen favorable, para no mostrarse tal como uno es. Cuando se está a solas, por el contrario, uno se cuida mucho más -aunque sea inconscientemente- para ofrecer la imagen que el otro desea.

En el grupo es donde se descubre que aquel muchacho o muchacha tienen algo que atrae, que hace que con él, con ella, se esté más a gusto y de quien, sin darse cuenta, se está uno enamorando. Resulta casi inevitable que al darse la experiencia de enamoramiento, la pareja tienda a cerrarse y aislarse del grupo, ya que en aquel momento se dirige todo el interés a la persona que se quiere, es un hecho que se repite siempre, casi como algo obligado, pero que se debe superar.

La permanencia en el grupo puede continuar también cuando se haya formalizado la pareja. En esta situación, la presencia de los amigos es un apoyo para no acelerar la relación, y también una ayuda valiosa en los problemas de integración, que, ciertamente, surgen en el proceso.

4.- Qué hace educativo al grupo

No todo grupo es educativo. No es educativo por el hecho de ser grupo.

¿Qué es lo que hace educativo al grupo? Los procesos que se desencadenan, las experiencias que se realizan, los valores que se asumen y se viven.

El grupo ayuda a abrirse a los demás, a abrirse al servicio.

a) Apertura a los demás

El individualismo que favorece la sociedad lleva a la incapacidad de comunicación y de amor, de apertura al otro.

La experiencia grupal hace ver lo importante que es el abrirse a los demás con un amor abierto, que no deje a nadie afuera. El amor no es solo un elemento de la vida, un momento de la existencia, feliz y emotivamente gratificante, el amor es la dimensión fundamental de la vida que da sentido a la relación con uno mismo, con los demás, con las cosas, que da sentido a la existencia misma.

No se puede por consiguiente conformar el joven con una relación restringida a pocas personas. Este es el sentido de amar a todos. Si se excluye a alguien, si se restringe el grupo a un pequeño número de amigos, rechazando o ignorando a los demás, se cortan lazos y posibilidades.

Educar el corazón significa aprender a amar a todos, a superar toda exclusión, a ir hacia aperturas siempre más amplias. Si se quiere disfrutar del don del amor hay que abrir el corazón, luchar en contra del egoísmo que elimina, excluye, rechaza e ignora. Esto no se logra sin esfuerzo, sin dificultades. sin sufrimiento.

b) Apertura al servicio

Para educar el corazón, para aprender a amar, lo que hay que hacer es amar, entregarse, dedicar tiempo a los demás.

El amor es siempre un don y aprende uno a donar, donándose. Para educarse a esto es suficiente con dirigir la mirada alrededor, descubrir las necesidades y escuchar el grito a veces silencioso de los demás, sobre todo de los necesitados.

Si se quiere estar seguros de saber amar -una certeza nunca agotada- la garantía viene de la capacidad y de la experiencia de gestos, actitudes en favor de los que viven a nuestro lado. En otras palabras se aprende a amar poniéndonos al servicio de los demás.

Hay jóvenes que temen ponerse al servicio de los demás, por miedo a perder su personalidad y su libertad. Es precisamente el servicio lo que hace tocar con mano las necesidades presentes en el ambiente. Hasta cuando uno no sirve, hasta cuando uno no tiene una medida para medir la efectiva capacidad de entrega, se puede ilusionar de saber amar. El servicio es la oportunidad concreta que pone a prueba las buenas intenciones y comprueba la capacidad de amar.

Servicio significa compromiso y no acción esporádica, relación constructiva y no momento gratificante. Exige por lo tanto un espíritu generoso, una capacidad de salir de sí para ofrecer al otro algo de sí. El servicio exige el coraje de una continuidad metódica, de una presencia continua, exige también la capacidad de aceptar al otro como es. Es la manera más eficaz de romper con el egoísmo.

Quien no se compromete en un servicio, no es capaz de querer. El amor cuando es auténtico impulsa a cambiar y transformar la realidad que le rodea. El sueño de amor empieza a hacerse realidad cuando se encarna en personas que han aprendido a amar entregándose generosamente.

Esto favorece el camino de pareja. La pareja es un yo y un tú, que juntos, quieren construir algo nuevo. Pero esto será solo un sueño si quien ama no ha ya experimentado la eficacia de esta fuerza del corazón humano, si en el servicio no ha experimentado ya la verdad del deseo y la posibilidad de su realización.

Demasiados sueños desvanecen dejando paso a la desilusión y a la frustración porque no han tenido un entrenamiento adecuado, no se han encarnado en la vida real, en el servicio a los demás.

Si educar el corazón implica una tensión permanente de atención a sí mismo y a los demás, implica también asumir un estilo de vida.

La sociedad nos presenta sus modelos. Nos presenta al prójimo como rival a quien superar o como alguien de quien aprovecharse para la afirmación de sí. Se necesita mucho coraje y esperanza para no dejarse dominar por esta visión. En esto ayuda la visión cristiana que nos hace luchar para que el amor pueda vencer sobre el egoísmo, la verdad sobre la falsedad, el respeto sobre la violencia. Resulta necesario cuidar y cultivar esta visión y esta sensibilidad.

Esto también abre paso a la pareja. Esta sensibilidad hará a las personas capaces de entender a quien se va a querer un día, a descubrir sus expectativas, sus necesidades, sus deseos y los sueños que esperan solo ser apoyados para volverse realidad.

Si falta esta sensibilidad pronto se apaga el fuego del sentimiento y empiezan los roces, las incomprensiones, las rivalidades y todo termina o en la monotonía de una convivencia obligada o en la búsqueda de sensaciones más fuertes que llenen la distancia en la pareja.

Pero esta sensibilidad no se inventa, sino exige una acción prolongada, que haga aflorar aquella riqueza que cada uno lleva por dentro. Exige luchar contra las fáciles ilusiones que invitan a dejarse llevar y hacer como hacen todos.

- CONCLUSION

¿Es ésta una propuesta viable? Muchos jóvenes han realizado este proceso y han encontrado en el grupo el ambiente favorable para su crecimiento afectivo y la preparación a la vida en pareja. Sus experiencias y testimonios se hubieran podido traer y hubieran sido sin duda muy iluminadores, tal vez más que la descripción de principios, contenidos y procesos.

Para concluir quiero retomar lo expresado por Alejandro Moreno sobre la palabra evangélica acerca de la familia. Se trata del texto del Evangelio: “El hombre se unirá a su mujer y serán los dos en un solo ser... De modo que ya no son dos, sino un solo ser” (Mt 19,4-6; Mc 10,6-9). Se afirma una relación de unidad. El modelo propuesto es la pareja en relación de unidad. En tal pareja no tiene sentido ni la subordinación de la mujer ni la ausencia del hombre. Esta es la propuesta evangélica de Jesús. De aquí las preguntas: ¿No habrá que pensar, en primer término, en una pedagogía y pastoral encaminadas a la producción cultural y personal de la pareja y, en segundo término, del matrimonio? ¿No habrá que cambiar el foco, puesto tradicionalmente en el matrimonio, hacia la pareja?

Es lo que hemos intentado hacer. La familia popular matricentrada

aunque no abierta a la pareja, por la relación que la constituye no es intrínsecamente negadora de la posibilidad de la relación-pareja.

Se trata de un reto. Un reto que exige una pastoral juvenil seria, una pastoral juvenil atenta al crecimiento integral de la persona, también en el campo afectivo y de la formación de la pareja.